

HISTORIETA

La huella del cómic en la narrativa actual

por Juan Gutiérrez Martínez-Conde*



De la presencia de la literatura en los cómics, y de las referencias a los tebeos en la narrativa española actual se habla en este texto que reivindica, por otro lado, la historieta como una forma expresiva diferenciada de otras disciplinas artísticas, «capaz de plasmar nuestros sueños y fantasías, y de hacernos experimentar un intenso placer estético». Caballero Bonald, Cortázar, Marsé, Pombo o Umbral son algunos de los autores que se refieren a los tebeos en alguna de sus obras o escritos.

La narrativa gráfica es en parte literatura, diálogo, poesía, coreografía, pantomima, cinematografía, y todo aquellos que tenga que ver con el arte visual.

Burne Hogarth

Los tebeos, los cómics o las historietas, son una forma de expresión figurativa, una narrativa en imágenes que logra una perfecta compenetración e interrelación de la palabra y el dibujo. La viñeta, que es la unidad principal de este medio, y su organización en páginas y secuencias, lo relaciona con el lenguaje cinematográfico en la planificación y el montaje. Sin embargo, las distintas formas de bocadillos y los rectángulos con texto, incluidos en las viñetas, desempeñan las funciones del diálogo y del narrador en las obras literarias. En este artículo no pretendemos analizar el complejo lenguaje de los cómics, únicamente queremos señalar su relación con otras formas expresivas como el cine, la pintura y, especialmente, la literatura.

Más cerca de la literatura

A pesar del indudable interés del cómic, que para muchos es el noveno arte, en nuestro país ha sido despreciado por los responsables culturales y políticos de épocas no lejanas y perseguido por los padres que lo consideraban una lectura peligrosa como afirma una de los protagonistas de *El centro del aire* de José M^a Merino, que se esconde en un carro para leer «[...]un manojito de tebeos que alguien le dejara al comenzar las clases y cuya lectura era considerada por su madre dañina, o por lo menos superflua».

Sin embargo, la lectura de tebeos supone una actitud creativa por parte del lector, como señala Umbral: «[...] ver cómics es como leer novelas: el consumidor tiene que colaborar con el autor creando imaginativamente un personaje a partir de unas palabras tipografiadas, o imprimiendo *velocidad* a los rasgos quietos de un dibujo.[...] El cómic, pues, está más cerca de la literatura que el cine o la televisión, ya que es el último

Susana Fortes QUERIDO CORTO MALTES

colección andanzas



género narrativo que requiere la colaboración (creadora y no sólo deductiva) del consumidor...» (*El País*, 27-IV-1985)

Esta estrecha relación entre los tebeos y la literatura es el motivo por el que uno de los más geniales creadores de historietas, el recientemente desaparecido Hugo Pratt, se consideraba un escritor, un fabulador, cuya manera de escribir era el dibujo. Curiosamente su

personaje Corto Maltés, uno de los más interesantes del cómic contemporáneo, tiene bastante semejanza con el literario Maqroll el Gaviero de Alvaro Mutis; ambos tienen en común un origen incierto, una necesidad incontrolable de viajar por todos los mares y de abordar empresas que suelen terminar fracasando. Los dos comparten una visión escéptica y desencantada del mundo,

pero no por eso dejan de ser fieles a sí mismos y de enfrentarse a lo que consideran injusto o indigno. Estos modernos Ulises navegan entre las guerras, el contrabando, el tráfico de drogas, los movimientos guerrilleros, el comercio de armas; siempre en los límites de la legalidad y de las convenciones sociales.

Por su parte, la joven escritora Susana Fortes, Premio Nuevos Narradores de Tusquets, se inspira en el personaje de

Hugo Pratt en su novela *Querido Corto Maltés*, en la que la protagonista no solamente se apoya psicológica y moralmente en la figura del marino aventurero, sino que su dedicación profesional y su evolución personal no se entenderían sin la influencia de las lecturas de este tebeo. La protagonista lo expresa así:

«Con frecuencia, mis paseos terminaban en el barrio portuario, siempre hay algo en

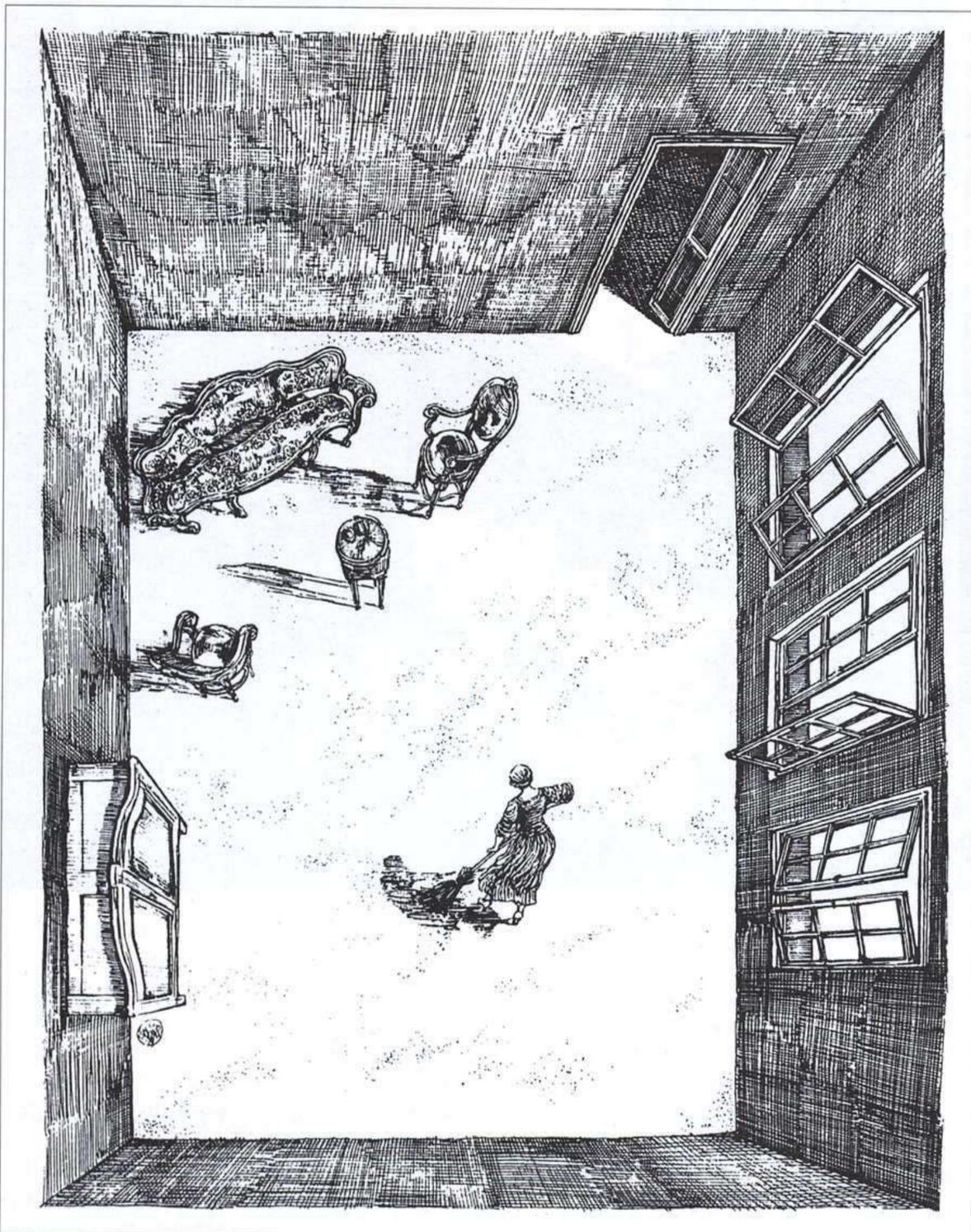
el trajinar de los muelles que me libera del tiempo en el que estoy viviendo. En este ambiente, no siempre seguro, conocí hace tiempo, al principio de mi adolescencia, a un marino de Malta que me enseñó a creer en los héroes, llegado ya el punto en el que no podía creer en los hombres. Por Corto Maltés supe los nombres de todas las islas de los mares del Sur, de los vientos y de las corrientes marinas. Él me descubrió la ruta de los mercaderes y las leyendas de los corsarios. Me inculcó la utopía de mirar desafiante, siempre por encima del hombro, las banderas, fuera cual fuera el color y la extensión de la tierra que prometieran».

Sobre escritores-guionistas y guionistas-escritores

Las adaptaciones de obras literarias al tebeo, de las que se trata en otro artículo de esta revista, constituyen la presencia más significativa de la literatura en los cómics. También desde los orígenes del género se incorporaron escritores famosos como guionistas, tal es el caso de Dashiell Hammett, creador del famoso Agente Secreto X-9 (1934-35), o de otros autores más próximos como Jerome Charyn, Ignacio Vidal-Foch, José M^a Merino o Juan Madrid. Por su parte, algunos guionistas de cómics, como Benoit Peeters o Nazario, se han pasado al campo literario.

Finalmente, encontramos escritores que alternan ambas actividades. Umberto Eco, antes de hacerse famoso con sus novelas, escribió guiones de cómics como el de *Stell & Stellette*. En nuestro país, las figuras de Andreu Martín y de Victor Mora son las más significativas. Un caso especial es el de Jean Van Hamme, que ha adaptado sus propias novelas al cómic en su serie «Largo Wynch».

La literatura está presente en los tebeos a través de los escritores que son convertidos, a veces, en personajes de las historietas. Algunos ejemplos son: R.L. Stevenson en *La sangre del volcán* de Alfonso Font, J.L. Borges en *Perramus* (Juan Sasturain y Alberto Breccia), E.A. Poe en *Mitos* (Dick Matena), A. de Saint-Exupéry en *El último vuelo* (Hugo Pratt), E. Hemingway en *Hemingway: muerte de un leopardo* (Dufaux y Maés) y Ambrose Bierce en la serie «Lost Planet»..



GUIDO CRÉPAX, JUSTINE.



RAY LICHTENSTEIN, EN EL COCHE, 1963.

Influencias recíprocas

Es conocida la presencia de los cómics en la pintura, como se puede comprobar en la obra de Lichtenstein, de Keith Haring y de otros muchos creadores, llegando hasta algunos pintores jóvenes como Juan Ugalde, que incluye personajes famosos de la historieta española en sus cuadros. También hemos visto cómo innumerables personajes de tebeos han sido adaptados al cine. Román Gubern y Javier Coma han publicado un extenso libro, *Los cómics en Hollywood*, sobre el tema. Incluso la publicidad ha tomado algunos elementos del lenguaje del cómic como las onomatopeyas, las líneas cinéticas o las

metáforas visualizadas, y algunos de nuestros mejores autores, como Daniel Torres, han diseñado campañas publicitarias que triunfan en Estados Unidos.

La literatura recibe también la influencia de los tebeos, que han inspirado montajes teatrales como *Glubs* de Dagoll Dagom, a poetas como Luis Alberto de Cuenca y a novelistas en cuyas obras se aprecia, además, que el lenguaje de los cómics incide en la forma de narrar.

Vargas Llosa utiliza en *Los Cachorros* gran profusión de onomatopeyas, quizá con la intención de acercar su lenguaje al de los tebeos, con connotaciones inequívocas del mundo infantil, muy apropiadas al ambiente que pretende recrear:

«[...] cuando saliera iríamos al Colegio de noche y entraríamos por los techos, viva el jovencito pam pam, el Aguila Enmascarada chas chas, y le haríamos ver estrellas [...]

[...] ¿tú te bañarías?, después del match, ahora no, brrrr qué frío. [...]

[...] ¡cinco capitanes! Seco y golpeado, decía pichulita, así, glu glu, como hombres, como yo.[...]

[...] y él vsssst por el Malecón vsssst desde Benavides hasta la Quebrada vsssst en dos minutos cincuenta, ¿lo batí?».

Julio Cortázar, que frecuentemente utiliza el juego en su literatura, publicó, en 1975, *Fantomas contra los vampiros multinacionales*, en donde se narra una historia mezclando el texto literario con páginas de cómic. El novelista emplea este recurso para que la obra sea más popular. El libro se editó en México, donde *Fantomas* es un personaje conocido por la mayoría de la población. Recientemente, Laura Esquivel en *La ley del amor* incluye también una historieta de cuarenta y ocho páginas de Miguelanxo Prado.

José M^a Merino reconoce que la lectura de los tebeos en la infancia desarrolló su fantasía y afectó a su manera de narrar: «...en los tebeos encontré dos elementos que influyeron seguramente en mi enfoque de lo literario: la irrupción del autor en la historieta y el salirse de la viñeta» (*Leer*, 48).

Magdalena, uno de los personajes de *El centro del aire*, sólo es capaz de imaginarse a sí misma en un momento de la novela encerrada en el cuadro de una viñeta, que casualmente coincide en el punto de vista con el de otra de Guido Crepax:

«La viñeta mostraba un salón vetusto, con una gran pista de baile vacía y a un lado algunas mesitas rodeadas por pequeños grupos de gente sentada. La perspectiva estaba visualizada desde el techo, en un punto cercano a la vieja araña de vidrio y con picado casi vertical, y ella, Magdalena, no era sino una figurita más entre todas las que formaban parte de la ilustración [...]

Como si su visión hubiese cambiado de viñeta se vio luego en un plano mucho más cercano, pero por la magia del *flash-back* había retrocedido al tiempo de la juventud y asistía a uno de sus primeros bailes [...]

Sucesivas viñetas, observadas por ella misma en un curioso desdoblamiento, desa-



ALFONSO FONT, ROHNER, NORMA, 1990/92.

rollaban un relato que ni siquiera llegaba a ser una historieta, donde a ella no le correspondía ningún protagonismo».

En otros autores encontramos manifestaciones menos importantes, como pueden ser la utilización de imágenes de cómics en *Regiones devastadas* de Enriqueta Antolín: «De un lado para otro paseaba sus voces y tú casi las veías ascender como globos del tebeo, con rayos y centellas,...»; el empleo de frases hechas en *Aparición del eterno femenino* de Álvaro Pombo: «... había que añadir una Elke nunca vista a la Elke más vista que el tebeo»; o la imitación de las expresiones de los tebeos en *El embrujo de Shanghai* de Juan Marsé: «Me miró de soslayo y respondió a mi saludo con una parodia burlona del lenguaje de los tebeos: -Pero ¡hola!, ¿a quién tenemos aquí?».

Los tebeos en la narrativa española actual

La primera presencia de los tebeos en las novelas españolas actuales la observamos en los títulos de algunas de ellas, como la de Susana Fortes, *Querido*

Corto Maltés, que ya hemos citado, o la de José Antonio Sánchez Villasevil, *Capanegra*, una sombría historia de aprendizaje situada en la reciente transición política de nuestro país, cuyo título se corresponde con el nombre del protagonista de un oscuro tebeo ambientado en la época de la Guerra de la Independencia.

En otras novelas los tebeos constituyen una parte fundamental de su contenido. Así, en *El sueño de Venecia*, Paloma Díaz-Más nos cuenta una historia empleando diferentes lenguajes y técnicas narrativas que van desde la novela picaresca al folletín decimonónico, pasando por los relatos de viajeros extranjeros del siglo XVIII. En el último capítulo, ambientado en nuestro siglo, la autora recrea la infancia de la protagonista centrándose en las fantasías infantiles de la niña, en las que uno de los héroes más importantes del tebeo español, el Capitán Trueno, se le aparece constantemente, charla con ella y la defiende de la amenaza de unos misteriosos ojos que la observan desde el techo del desván:

«Era él, sí, era él, como cada mañana. Aparecía súbitamente en los lugares más

inesperados. A veces había que ir a buscarle, pero otras emergía de la penumbra de un cuarto cerrado o de la profundidad de un armario, se materializaba en la cocina o, como ahora, en el marco deslumbrante del balcón del comedor. No vestía hoy su habitual y elegante hopa de cruzado de los domingos, sino un caprichoso traje de diario: las robustas piernas desnudas se medio cubrían con unas cáligas ajustadas, en el más puro estilo romano, como las falditas de cuero tachonadas de grandes clavos; sobre la faldita, se abría el ancho torso enfundado en cota de malla —una loriga algo incongruente con las faldas de romano— sobre la que destacaba, glorioso, el escudo de las cuatro barras. De sus hombros colgaba, como siempre, una capa roja agitada por el viento, y el mismo viento del comedor en calma deshilachaba en guedijas su melena color ala de cuervo. Estaba hermosísimo».

A través de algunas novelas podemos reconstruir el mundo que rodeaba a los tebeos. En primer lugar encontramos el quiosco, alrededor del cual merodean los niños o se extasían mirando las sugerentes portadas de los cómics. Juan Madrid nos describe el suyo: «Estaba enfrente de casa, al lado de la parada del viejo tranvía que desapareció hace veinte años. Era un quiosco verde y vendía

pipas, caramelos, caretas de cartón, chicles, peladillas, altramuces, sobres sorpresa, antifaces y tebeos. Todas las semanas colgaban los últimos de *Mendoza Colt*, *El Cachorro*, *Capitán Trueno* y *El Jabato*.

«Mi hermano Carlos y yo dudábamos siempre. ¿Cuál comprar? ¿Mendoza Colt? ¿El Jabato? La duda la solucionábamos comprando El Capitán Trueno y El Jabato y robando Mendoza Colt».

Algún personaje, como el narrador de *Contra Paraíso* de Manuel Vicent, no puede esperar a que lleguen los tebeos al quiosco y va en su busca:

«Pedaleando en esa bicicleta todavía por dentro del cuadro, iba a esperar el tren a la estación de Nules todos los miércoles a las diez de la mañana. En el solitario andén a veces pasaba horas mirando hacia Valencia y de pronto en medio de los naranjos, ahora recién brotados después de la helada, llegaba con mucho retraso aquella desencajada diligencia de hierro que echando humo me traía cada semana un tesoro. Por una ventanilla alguien echaba un paquetón de tebeos y revistas atado con una cuerda de esparto y allí mismo el quiosquero de Nules, que esperaba la remesa, me vendía por dos reales la nueva hazaña de Roberto Alcázar y Pedrín. La carbonilla de ese tren ya no se separó nunca del perfume de lino-



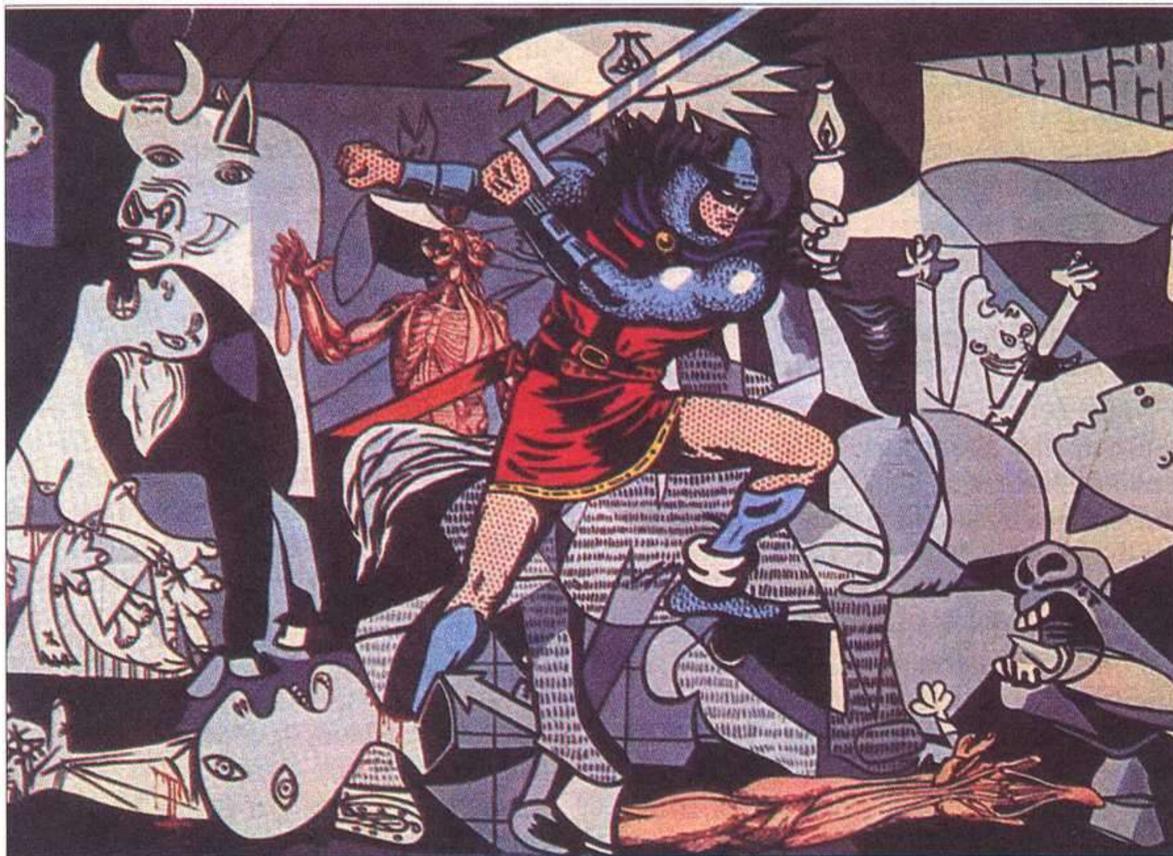
tipia caliente que traía el papel del tebeo y de los cromos de futbolistas [...]».

Las novelas de Juan Marsé recrean frecuentemente el mundo de la infancia. En *El embrujo de Shangai*, los herma-

nos Chacón, amigos del protagonista, se ganan la vida vendiendo tebeos usados y manifiestan su amistad a una niña enferma regalándoselo: «Horas después, cuando Susana hubo merendado su gran vaso de leche y su bocadillo y los hermanos Chacón llegaron de visita con sus bolsillos llenos de eucaliptos y sus fajos de tebeos y noveluchas atadas con cuerdas, desde la mágica y silenciosa galería ya encendida por el sol de la tarde volvíamos a viajar cogidos de la mano hacia la luminosa terraza del apartamento de Chen Jing Fang con vistas de los muelles y del río Huang-p'u, bajo la mirada estrábica y acerada de Forcat y al conjuro de su voz».

Alrededor de los tebeos se establece una complicada red de relaciones, de negocios legales e ilegales, de intercambios debidos a la precariedad económica de la época, y de violencias. Antonio Martínez-Sarrión recuerda la agresividad de los compañeros mayores, sus vejaciones y abusos, que incluían el robo de los tebeos a los más pequeños.

Emilio Gavilanes en su libro de relatos *La primera aventura*, dedicado en su totalidad a recordar episodios de infancia en los que aparecen una gran variedad de juegos, se refiere también a



los tebeos. En un cuento, Pocho llega a un acuerdo con el narrador según el cual, por cada cien veces que le rascase el dedo enfermo le daba una peseta y por cada trescientas, un tebeo.

En otro momento unos niños construyen una cabaña de madera y se dedican a enseñar al resto tebeos y revistas con mujeres desnudas a cambio de dinero con el que compran otras historietas: «Hicimos una cabaña en el campo y allí hacíamos sesiones en las que enseñábamos, por tandas y previo pago en especie o en dinero, nuestras revistas. Pasó todo el barrio por nuestra cabaña. Dejamos de fumar palo fumeque y empezamos a darle al Celtas. Comprábamos chicles, caramelos de todas clases, bolas, tebeos, peones. Muchas veces, mientras los visitantes miraban a nuestras chicas, nosotros leíamos un tebeo. Estábamos hastiados de mujeres. Los otros no lo comprendían».

El deseo de comprar tebeos y la poca disponibilidad económica lleva, en *Infancia y corrupciones*, a Manolo, un amigo de Antonio Martínez Sarrión, a transgredir los tabúes familiares, educacionales, éticos y religiosos y robar a su madre un billete de cien pesetas. En otro capítulo de estas memorias se describe a los vendedores, cambistas y alquiladores de tebeos de segunda mano, unos personajes actualmente desaparecidos, pero que tuvieron una gran importancia para los niños: «Algunos eran auténticos profesionales, arrapiezos humildes que no sólo se sacaban para sus pequeños gastos, sino que casi alimentaban a la familia con sus ganancias. Estos pendejos esgrimían enormes carpetas de cartón con tebeos cuidadosamente archivados, que pasaban a una velocidad endiablada ante las miradas llenas de codicia y envidia. Era tan suculenta aquella carga, que yo, en un delirio de poderío, los hubiera mandado al cadalso o al pelotón sin pestañear, con tal de hacerme con sus tesoros».

En algunos casos, como nos refiere el narrador de *Contra Paraíso*, constituyeron las primeras lecturas pesar de que padres y profesores veían los tebeos con malos ojos: «Todas las noches rezábamos el rosario. El fuego iba calentando los azulejos del comedor y los cristales de la alacena; en ese ambiente mitad

polar, mitad caldeado, con la cara y los pies quemados por el resplandor de los leños y los riñones ateridos por el cuchillo de frío que se metía desde el corredor, inicié mis primeras lecturas, los tebeos de Roberto Alcázar y Pedrín».

La lectura de los comics influye en las fantasías, en los sentimientos, en la manera de comportarse y en los juegos de los pequeños lectores. Felipe Benítez Reyes lo refleja en un capítulo de *La propiedad del paraíso*, en el que además se describe la transición que va del descubrimiento de los superhéroes a la pérdida de interés por ellos, sustituidos por nuevas ilusiones como las motos y las chicas, porque el tiempo se había ya puesto alas en los pies:

«Pero allí estaban los superhéroes, los superhombres, los mutantes, los malhechores intergalácticos, blandiendo espadas de complicados poderes y armas ultrasónicas. Estaba Spiderman, tendiendo telarañas entre los rascacielos; Dan Defensor, arrasando sus taciturnias por los fondos hampones de la gran ciudad; Thor, el dios nórdico del trueno, con su martillo y su melena de niña, dando tumbos entre Asgard y Nueva York; el Hombre de Hielo, creando glaciares en el aire... Allí estaban aquellos tipos.

Cada noche, los héroes iban envejeciendo un poco, poniéndose achacosos, difuminándose. Envolviéndose en el aura de lo quimérico.

Los héroes de los tebeos estaban de capa caída. Mis hermanos y yo sólo hablábamos de motos, y nos pasábamos el día pronunciando los nombres mágicos de la vida de carretera: Triumph, Honda, Bultaco, Harley Davidson [...]

Héroes de papel

Cada generación ha vivido apasionadamente las aventuras de un héroe de tebeo distinto, que a su vez representaba una situación social e ideológica diferente. Después de la guerra encontramos autores como Jesús Blasco, creador de Cuto, influenciados por los clásicos americanos que habían conocido en los años 30, cuando tuvieron su época dorada. Más adelante, el humor fue una válvula de escape para la crítica social. La censura, que manipuló las historietas tapando muslos y hombros de las heroínas, e



incluso sustituyó unas viñetas por otras en las que desaparecían besos o ciertas formas de violencia, forzó el exilio de muchos creadores. Antonio Martínez Menchén nos ofrece una distribución generacional de personajes:

«Mis preferidos eran: El Guerrero del Antifaz, Roberto Alcázar y Pedrín, El pequeño luchador, Hazañas Bélicas y FBI. A falta de las grandes tiras del cómic fantástico o negro americano -Raymond, Canif, Prentice- había que conformarse con sus imitadores españoles, entre los que sobresalía Giner con las viñetas expresionistas de su serie El inspector Dan. Cuando lograba agarrar algún formato de El mago Merlín (Mandrake), El hombre enmascarado (The Phantom) o Flash Gordon, me sentía trasladado a otra galaxia. Jorge y Fernando y la adaptación al español de las aventuras del fascista italiano Juan Centella, ya eran personajes de anteguerra y por lo tanto de una generación anterior, como el Capitán Trueno fue tebeo de la siguiente a mí. Superman era mucho menos famoso en mi niñez, tal vez por razones de censura o royalties, que un sucedáneo suyo: El capitán Marvel. Entre los tebeos para niñas, no desdeñaba la lectura de Florita o Chicas».

Caballero Bonald, a pesar de no ser entusiasta de las historietas, relata en sus



deliciosas memorias *Tiempo de guerras perdidas* cómo la imagen de una niña, Teresita, quedó unida a los efluvios nostálgicos del tomo del TBO que ella le regaló, y considera también las aventuras intergalácticas de Flash Gordon y las no menos delirantes de Mandrake las más interesantes y las únicas que le encandilaron.

Los protagonistas de estas novelas leían apasionadamente las aventuras de diferentes héroes de papel pero todos coinciden en su deseo de evasión de la realidad cotidiana: «Para escapar de tan ameno ambiente civil, al cual se solapaban sin solución de continuidad el escolar, el familiar y el institucional, gocé de tres Arcadias, de tres cohetes espacio-temporales, de tres drogas duras: el cine, los tebeos primero y los libros, periódicos y revistas después y la radio siempre (*Infancia y corrupciones*)».

También para olvidar la presencia de la muerte, que se lleva a la bisabuela del niño protagonista de *El palomo cojo*: «Pensé que lo mejor que podía hacer era no mirar, y no escuchar a las visitas en el gabinete, y ponerme a remirar tebeos para ver si me olvidaba de que la bisabuela Carmen estaba muerto».

Y del padre del narrador de *La pro-*

piedad del paraíso: «La gente entraba y salía. Nosotros nos fuimos al patinillo y nos pusimos a hojear tebeos. Oíamos un rumor de frases cuchicheadas, de lamentos huidizos».

En muchas otras novelas encontramos también referencias al mundo que rodea a los tebeos, pero para finalizar este breve recorrido recordamos las palabras de Francisco Umbral en su estremecedor libro *Mortal y rosa*, quizá la más bella y emotiva afirmación de la paternidad en nuestra actual literatura, en el que el narrador acompaña a su hijo enfermo de muerte en el hospital y para distraerse lee sus tebeos: «Leía yo, a la luz de una linterna, mientras el niño respiraba un viento escaso y negro, ya de otro mundo, sus aventuras infantiles, sus historietas con dibujos, y respiraba yo el olor a bosque de la tinta impresa, relatos de tramperos y tahúres, historias de grumetes y pieles-rojas, volviendo así a oler la rosa acre y eterna de mi propia infancia, huyendo a esos mundos mal coloreados del tebeo, incapaz de toda actualidad».

Como el propio Umbral afirma en otro lugar, los tebeos son una puerta que nos abre el camino de regreso al mundo de la infancia, al tiempo que también permite a los niños acercarse al de los

adultos. Aunque sólo fuese por esta facultad ya estaría justificada su defensa, pero también constituyen una forma expresiva artística diferenciada del cine y la literatura, capaz de plasmar nuestros sueños y fantasías, y de hacernos experimentar un intenso placer estético. ■

*Juan Gutiérrez Martínez-Conde es maestro.

Bibliografía citada:

- Antolín, Enriqueta: *Regiones devastadas*, Madrid: Alfaguara, 1995.
- Benítez Reyes, Felipe: *La propiedad del paraíso*, Barcelona: Planeta, 1995.
- Caballero Bonald, José Manuel: *Tiempo de guerras perdidas*, Barcelona: Anagrama, 1995.
- Cortázar, Julio: *Vampiros multinacionales*, México D.F.: Excelsior, 1975.
- Díaz-Más, Paloma: *El sueño de Venecia*, Barcelona: Anagrama, 1992.
- Eco, Umberto & Druillet, Philippe: *Stelle & Stelletta*, Italia: Quadrangolo Libri, 1976.
- Fortes, Susana: *Querido Corto Maltes*, Barcelona: Tusquets, 1994.
- Gavilanes, Emilio: *La primera aventura*, Barcelona: Seix-Barral, 1991.
- Madrid, Juan: «Viñetas personales» en *Gente de cómic*. Col. de Diario 16.
- Marsé, Juan: *El embrujo de Shanghai*. Plaza y Janés. Barcelona, 1993.
- Martínez, Sarrión, Antonio: *Infancia y corrupciones*, Madrid: Alfaguara, 1993.
- Mendicutti, Eduardo: *El palomo cojo*, Barcelona: Tusquets, 1991.
- Merino, José M^a: *El centro del aire*, Madrid: Alfaguara, 1991.
- Pombo, Álvaro: *Aparición del eterno femenino*, Barcelona: Anagrama, 1993.
- Sánchez Villasevil, José Antonio: *Capanegra*, Madrid: Debate, 1991.
- Umbral, Francisco: *Mortal y rosa*, Madrid: Cátedra/Destino, 1975.
- Vargas Llosa, Mario: *Los Cachorros*, Barcelona: Salvat, 1970.
- Vicent, Manuel: *Contra Paraíso*, Barcelona: Destino, 1993.